

FÁBULA DE UN ECO

Escarba en el jardín de su cráneo un poco todos los días. Sin prisas, como si no tuviera nada más que hacer. Sin apenas saber de verdad lo que hace. Lleva linternas –ya está oscuro allá abajo– y una sed de años acumulada en sus ojos. A veces no encuentra nada: entonces, resignado, se limita a escuchar un sonido que sube desde el fondo del tiempo. Voces, plegarias, ruegos, gritos, susurros, aleluyas, cánticos, risas, estertores, olas, respiraciones o gemidos. Todo forma una masa indistinguible de la que en ocasiones surgen imágenes aisladas. Pero, igual que surgen, desaparecen, vuelven a hundirse en el jardín de su cráneo. Sabe que en vano querría atesorarlas. Las contempla caer como en un pozo, para siempre, y retiene el sonido que inaugura su ausencia. La belleza, se dice, no es la aparición súbita de esos rostros velados sino el eco que dejan cuando ya se han perdido. A veces se detiene como un pescador al borde del abismo y teme confundir el brillo de los peces con el de sus propios ojos en el mar reflejados.

Rafael José Díaz
Madrid, abril 2010